HANNS HEINZ EWERS

SALSA DE TOMATE (1905)



Chi va lontan dalla sua patria, vede
Cose da quel, che gia credea, lontane;
Che narrandole poi non se gli crede,
E stimato bugiardo ne rimane:
Che l' sciocco vulgo non gli vuoldar fede,
Se non le vede a tocca chiare e plane:
Per questo io so che l' inesperienza
Fara al mio canto dar poca credenza.
Poca o molta ch'io ciabbia, non bisogna
Ch'io ponga mente al vulgo sciocco e ignoro

— *Ariosto, L'Orlando Furioso, Canto VII*

La primera vez: en la *corrida** hace cinco semanas, cuando el negro toro de Miura le abrió un tajo en el brazo al joven Quitino.

Y de nuevo al domingo siguiente, y al otro... Allí estaba él en cada corrida. Yo solía sentarme delante para tomar algunas fotos; su asiento de abono estaba justo al lado del mío. Un hombre pequeño con un sombrero redondo y el hábito negro de un clérigo inglés. Pálido, afeitado sin tacha, con gafas de montura dorada. Y algo más: sin pestañas.

Me fijé en él desde el primer día. En el instante en que el primer toro levantó al caballo sobre sus cuernos y lo derribó junto con el *picador*. El jamelgo se incorporó e intentó huir a medio galope, lleno de pánico, con el vientre abierto y las patas enredándose en sus propias tripas. En ese momento escuché un profundo gemido a mi lado –un gemido de placer.

Permanecimos sentados juntos toda la tarde sin cruzar una palabra. El vistoso trabajo de los banderilleros le interesó muy poco. Pero cuando el *espada* hundió su

acero en el cuello del toro y su empuñadura quedó allí, brillando como una cruz, entonces se agarró a la barrera y se inclinó lo que pudo. Y la garrocha con que castigaban al toro –eso era lo que más apreciaba. Cuando de la boca del toro fluyó la sangre, en un chorro tan grueso como un brazo; o cuando el *chulo* liberó por fin al animal de sus miserias dándole la puntilla en medio del cerebro; o cuando el toro, fuera de sí, embestía los restos del caballo desplomado sobre la arena hundiendo sus cuernos en el cuerpo sin vida –entonces este hombre se reclinaba aplaudiendo con suavidad. Por fin, le dije:

- Usted es un gran admirador de las corridas... ¿Un *aficionado*?

Él asintió pero no dijo nada; no quería que interrumpieran su placer.

Granada no es una ciudad demasiado grande así que no pasó mucho tiempo hasta que supe su nombre. Era el capellán de la pequeña colonia de ingleses; sus compatriotas lo llamaban "El Papa". Aparentemente no se le tenía en mucha consideración; nadie tenía relación social con él.

Un miércoles fui a ver una pelea de gallos. Un pequeño anfiteatro, totalmente circular, rodeado de asientos. En el centro está la arena, al aire libre. Me asalta el hedor a chusma, gritando y escupiendo. Hay que tener valor para poner los pies aquí. Han llevado a dos gallos, que a mí me parecen gallinas porque les han cortado la cresta y las colas. Los están pesando. A continuación son sacados de sus jaulas y sin un momento de vacilación se lanzan el uno sobre el otro. El aire se llena de plumas: una y otra vez se atacan mutilándose con sus picos y los espolones de las patas, sin emitir ni un sonido. Sólo las bestias humanas a su alrededor gritan y dan voces, maldiciendo al cielo y apostando por uno u otro.

Ah, al gallo amarillo ha alcanzado el ojo del gallo blanco, se lo arranca y, cuando el ojo cae al suelo, ¡lo engulle!. El cuello y la cabeza de las aves han perdido buena parte de las plumas, y parecen sierpes saliendo sus rollizos cuerpos. Ni siquiera durante un momento dejan de atacarse. Sus plumaje está rojo por la sangre. Apenas se parecen a lo que eran al principio, se han arrancado trozos de piel y carne. Ahora el gallo amarillo ha perdido los dos ojos. Salta y golpea ciegamente a su alrededor mientras el otro le lanza picotazos a la cabeza. Al final se desploma; sin resistencia, sin emitir un sonido, deja que el otro gallo termine su tarea. Y no lo hace inmediatamente: al gallo blanco le lleva cinco o seis minutos, exhausto él mismo por

los centenares de picotazos y los cortes de los espolones.

Entonces se sientan, mis prójimos, los seres humanos, todos ellos; riéndose de los cada vez más débiles picotazos que todavía da el gallo vencedor, contándolos y animándolo a continuar.

La batalla termina por fin tras los treinta minutos asignados. Un tipo, el dueño del gallo ganador, se levanta; profiriendo comentarios de burla remata con un palo al ave perdedora. Es un privilegio que tiene. Se disponen a lavar a los animales vertiendo sobre ellos chorros de agua para contar las heridas y poder así determinar quiénes han ganado y quiénes han perdido.

En ese momento sentí que una mano me agarraba el hombro.

"¿Cómo está usted?", me preguntó el Papa. Sus ojos acuosos y sin pestañas sonreían amistosamente desde detrás de sus grandes gafas. "Le gusta esto, ¿eh?", añadió.

Por un segundo dudé que hablara en serio. Su pregunta me pareció tan absoluta, tan estúpidamente ofensiva que sólo pude mirarlo sin responder.

Pero él malinterpretó mi silencio, tomándolo por un asentimiento; así de seguro estaba.

"Sí", dijo con suavidad y muy lentamente. "Esto es verdadero placer"

El movimiento del gentío nos separó; traían nuevos gallos a la arena.

Unos pocos días después fui invitado por el Cónsul inglés a tomar el té en su casa. Intenté ser puntual y fui de hecho el primero en llegar.

Cuando lo saludaba a él y a su anciana madre, me dijo:

"Me alegra mucho que haya venido temprano, quería comentarle unas palabras en privado"

"Estoy a su disposición", sonreí.

El Cónsul acercó su mecedora y, con una extraña seriedad, comenzó:

"No soy nadie para decirle a usted lo que debe hacer, mi querido amigo. Pero si su intención es permanecer aquí un tiempo y moverse en sociedad –y entre nosotros, la colonia inglesa, en particular– me gustaría darle un consejo de amigo"

Comencé a sentir curiosidad por lo que iba a decirme.

"Bueno, ¿cuál es ese consejo?"

"Se le ha visto bastantes veces en compañía de nuestro clérigo...", dijo.

"¡Lo lamento!", le interrumpí. "Realmente lo conozco muy poco. Anteayer crucé unas palabras con él por primera vez"

"¡Tanto mejor!", añadió el Cónsul. "Entonces le aconsejo que evite su compañía, al menos en público"

"Gracias, Cónsul", dije. "¿Sería indiscreto por mi parte preguntarle la razón de todo esto?"

"Por supuesto, le debo una explicación, aunque no estoy seguro de que vaya a satisfacerle. El Papa... ya sabe usted que lo llamamos así, ¿verdad?"

Asentí.

"Bien, entonces", continuó. "El Papa es tabú en sociedad. Va a las corridas de toros regularmente, lo que, en fin, podría tener un pase aquí. Pero tampoco se pierde una sola pelea de gallos, y esto es algo que hace imposible que los europeos nos relacionemos con él”

"Pero Cónsul, si ustedes no aprueban esta conducta, ¿por qué le permiten seguir con su cargo?"

"Bueno, es que ha sido ordenado", terció la anciana.

El Cónsul asintió. "Y además, en veinte años no nos ha dado otro motivo de queja. La posición de clérigo en una comunidad tan pequeña como la nuestra es más o menos la peor pagada del continente. No resultaría fácil dar con un sustituto".

"Luego ustedes están satisfechos con sus sermones, en cualquier caso", dije, volviéndome hacia la madre del Cónsul y tratando de reprimir una sonrisa.

La vieja señora se irguió en el asiento.

"Personalmente nunca permitiría que dijera una palabra por sí mismo. Cada domingo se atiene estrictamente a la colección de sermones del Deán Harley"

La respuesta me frustró, de alguna manera, y no dije nada.

"A propósito, no sería justo no mencionar aquí uno de los rasgos positivos de la personalidad del Papa. Es dueño de una considerable fortuna y la usa regularmente con propósitos caritativos, mientras él mismo, dejando sus pasiones aparte, lleva una vida extraordinariamente modesta, incluso pobre, podríamos decir".

"¡Bonita forma de caridad!", le interrumpió su madre. "¿A quiénes asiste? a *toreadores* heridos y a sus familias, incluso a víctimas de la *salsa*"

"La... ¿qué?", pregunté.

"Mi madre se refiere a la salsa de tomate"

"¿Salsa de tomate?", repetí. "El Papa ayuda a la... ¿salsa de tomate?"

El Cónsul dejó escapar una breve risa. Luego su rostro se puso serio.

"¿Nunca ha oído hablar de la salsa? Es una vieja, una terrible costumbre que tienen aquí en Andalucía, todavía existe a pesar de las durísimas sanciones de las autoridades y la condena de la Iglesia. Desde que soy Cónsul aquí sabemos con seguridad que esa salsa ha tenido lugar al menos en dos ocasiones. Pero no contamos con pruebas firmes. Ni siquiera los golpes y castigos de las prisiones españolas han conseguido que los sospechosos digan una sola palabra al respecto. En consecuencia, sólo podría darle una idea vaga del asunto, una idea posiblemente falsa. Pregúntele al Papa, si tanto le interesa. Porque sabemos que el Papa –a pesar de que nadie ha podido probarlo– es un adepto a esa espantosa costumbre. Es esta sospecha en particular lo que nos mueve a alejarnos de él"

Entraron otros invitados; nuestra conversación se interrumpió.

Cuando fui a la corrida del siguiente domingo tomé unas fotos especialmente buenas para el Papa. Quería ofrecérselas como un regalo, pero él apenas las miró.

"Perdóneme", dijo, "pero no me interesan en absoluto". Yo lo miré extrañado.

"Oh, no pretendía ofenderle", dijo, "Verá, es sólo la sangre, el color de la sangre lo que me interesa".

El modo en que dijo "sólo el color de la sangre" sonó casi poético en boca de este pálido asceta.

En cualquier caso iniciamos una conversación. Y en mitad de ella, yo dije sin avisar: "Me gustaría asistir a una salsa. ¿Podría usted llevarme a ver una alguna vez?"

Se calló. Sus labios pálidos y agrietados temblaron un poco.

"¿Una salsa?", dijo por fin. "¿Acaso sabe lo que es?"

Mentí: "Por supuesto que lo sé"

Me observó con atención. Y vi que sus ojos examinaban la cicatriz que me recorría la frente y la mejilla, recuerdo de un viejo duelo estudiantil.

Y como si estos signos de antigua sangre derramada fuesen para él una clave secreta, la acarició con su dedo y dijo muy serio:

"Lo llevaré conmigo"

Algunas semanas después, sobre las nueve de la noche, escuché que golpeaban en la puerta de mi habitación. Antes de que pudiera decir "¡Adelante!", entró el Papa.

"Vengo a recogerle", dijo.

"¿Para qué?", pregunté.

"Ya lo sabe. ¿Está preparado?"

Yo me levanté.

"Deme un minuto", exclamé. "¿Le apetece un cigarro?"

"Gracias pero no fumo"

"¿Un vaso de vino?"

"No, gracias, tampoco bebo. Por favor, dese prisa"

Cogí mi sombrero y lo seguí escaleras abajo hasta la calle. Caminamos en silencio a través de los callejones, a lo largo del río Genii y bajo las arboledas en flor. Giramos a la izquierda y ascendimos la montaña morisca cruzando el Campo de los Mártires. Frente a nosotros brillaban las cumbres plateadas de la Sierra; observé las hogueras que los gitanos y otros vagabundos habían encendido, dispersas en las colinas. Dimos la vuelta al profundo valle de la Alhambra, cubierto hasta su borde de verdes olmos, y continuamos por la avenida llena de viejos cipreses que conduce al Generalife; y todavía más arriba, subiendo la montaña, desde lo alto de la cual el último príncipe de los moros, el rubio Boabdil, lanzó su llanto sobre la ciudad perdida de Granada.

Miré a mi extraño acompañante. Su mirada, vuelta hacia sí mismo, no veía nada de la gloria de la noche. Mientras la luz de la luna caía sobre sus pequeños y pálidos labios, sobre sus mejillas hundidas y sobre los profundos huecos de sus sienes, me asaltó la impresión de que ya había conocido a este asceta espantoso antes, desde hace muchos siglos. De pronto, como una súbita inspiración, comprendí de dónde venía esa sensación: ¡era la viva imagen de los rostros que el pintor Zurbarán daba a sus monjes en éxtasis!

El camino nos conducía a través de los agaves de grandes hojas, con sus rígidos tallos erguidos en el aire y tan altos como tres hombres. Escuchamos el rumor de las aguas del Darro abriéndose paso montaña abajo.

Tres hombres envueltos en viejos abrigos de color pardo se aproximaron a nosotros; desde lejos ya saludaban a mi acompañante.

"Son vigías", dijo el Papa. "Espere aquí. Hablaré con ellos"

Caminó hacia los hombres, que aparentemente estaban allí esperándolo. No pude entender lo que dijeron, pero saltaba a la vista que hablaban de mí. Uno de los hombres gesticulaba con vehemencia, lanzándome miradas suspicaces, agitando los

brazos en el aire una y otra vez: *"¡Ojo al caballero!"*. Pero el Papa logró calmarlo. Luego el tipo se aproximó.

"Sea usted bienvenido, caballero". Me saludó quitándose el sombrero. Los otros dos vigías seguían en sus puestos. El tercero se unió a nosotros.

"Es el patrón, el organizador, por así decirlo", me explicó el Papa.

Unos pocos pasos más adelante alcanzamos unos refugios excavados en las cuevas, que no se distinguían en nada de otros cientos que había en las laderas de Granada. Delante de la puerta destacaba un pequeño lugar llano rodeado densamente por setos de cactus. Una veintena de granujas se había reunido allí, aunque no vi ningún gitano entre ellos. En una esquina ardía un pequeño fuego entre dos rocas; sobre él colgaba una marmita.

El Papa buscó en su bolsillo y sacó un puñado de duros que mostró a sus acompañantes.

"Esta gente es muy recelosa", dijo. "Lo único que quieren es plata".

El andaluz se acuclilló junto a fuego y examinó cada una de las monedas. Las golpeaba contra una roca y las mordía. Luego las contó: cien pesetas en total.

"¿Tengo que darle yo algún dinero?", pregunté.

"No", dijo el Papa. "Mejor lo reserva para las apuestas. Eso le dará una posición de prestigio ante ellos".

No entendí a qué se refería.

"¿Una posición de prestigio?", repetí. "¿Cómo es eso?"

"Oh, si usted apuesta, digamos que se pondrá a su nivel, será tan responsable y asumirá el mismo riesgo que ellos"

"Dígame entonces, Reverendo. ¿Cómo es que usted no apuesta?"

Me dirigió una mirada directa y respondió con indiferencia:

"¿Yo? ¡Yo nunca apuesto! Apostar enturbiaría el puro placer de la contemplación"

Mientras tanto había llegado otra media docena de individuos de aspecto sospechoso, todos ellos cubiertos con las típicas prendas pardas que son el sello distintivo de los andaluces.

Pregunté a uno de los hombres qué estaban esperando.

"A que la luna esté alta, caballero", me dijo. "Eso es lo primero".

Me ofreció un gran vaso de aguardiente. Lo rechacé, pero el Papa insistió en ponérmelo en las manos.

"¡Beba, beba! es su primera vez y podría necesitarlo"

Los otros se repartieron el licor. Estaban muy silenciosos; sólo intercambiaban cortos cuchicheos y murmullos. Cuando la luna reapareció por el noroeste fueron a recoger antorchas de la cueva y las encendieron. Luego formaron un pequeño círculo de piedras en el medio; esto era la arena.

Hicieron agujeros a lo largo del círculo y fijaron en ellos las antorchas. Y, bajo el resplandor rojizo de las llamas, dos hombres comenzaron a desvestirse; sólo se dejaron sus bombachos de piel. Se sentaron el uno frente al otro en la típica posición oriental, con las piernas cruzadas. Fue entonces cuando me fijé que había dos barras clavadas en el suelo, con dos sólidas arandelas de acero.

Junto a estas arandelas se habían sentado los dos hombres. Alguien corrió a la cueva y sacó unas pesadas cuerdas con las que rodearon las piernas de los dos individuos, fijándolas a las arandelas. Sólo podían mover con libertad la parte superior de sus cuerpos.

Permanecían sentados sin decir una palabra, chupando sus cigarrillos y vaciando sus vasos de licor que alguien llenaba una y otra vez. A esas alturas la pareja ya estaba claramente borracha, con los ojos fijos en el suelo como si fueran estúpidos.

Los demás se acomodaron junto al círculo de antorchas.

De pronto escuché un desagradable chirrido. Me volví; alguien afilaba una navaja en una piedra. Probó su filo con sus uñas, dejó el arma a un lado y cogió otra.

Me volví hacia el Papa.

"¿Esta salsa es una especie de duelo?"

"¿Duelo?", respondió. "Ah, no, se parece más a una pelea de gallos"

"¿Cómo? ¿y por qué estos dos hombres participan en esta... pelea de gallos? ¿se han ofendido el uno al otro? ¿es un asunto de celos?"

"En absoluto", respondió el clérigo sin moverse. "No hay ninguna razón. Es posible que incluso sean amigos; o tal vez no se conocen. Sólo quieren probar su... valentía. Quieren demostrar que no son peores que los toros y los gallos".

Sus feos labios esbozaron una sonrisa irónica.

"Algo así como los duelos en los que ha participado usted en Alemania"

En el extranjero, soy siempre un patriota. Eso es algo que he aprendido de los ingleses: tenga razón o no, mi país es mi país.

Así que le respondí con frialdad:

"Reverendo, la comparación me ofende. Nuestras costumbres no son algo que usted pueda juzgar".

"Quizá", dijo el Papa. "Pero tuve oportunidad de ver muchos de esos bonitos duelos en Göttingen. Y la sangre, toda esa sangre..."

Mientras hablábamos, el organizador había tomado asiento junto a nosotros. Sacó de su bolsillo un cuaderno y un pequeño lápiz.

"¿Quién apuesta por Bombita?", dijo en voz alta.

"¡Yo!"– "¡Una peseta!" – "¡Dos duros!" –"¡No, yo apuesto por Lagartijillo!". Las voces un poco ebrias se mezclaban entre sí.

El Papa me agarró el brazo.

"Arregle sus apuestas de modo que pierda en cualquier caso", dijo. "Deles ventaja. Con esta gente nunca se está lo bastante seguro".

Así que acepté un buen número de apuestas, y siempre en desventaja de tres a uno. Dado que aposté por ambos, necesariamente tenía que perder. El organizador tomaba nota de todas ellas mientras las navajas se pasaban de mano en mano. Las hojas tenían unas dos pulgadas de largo. Tras cerrarlas, se las ofrecieron a los dos combatientes.

"¿Cuál quieres, Bombita Chico, mi pequeño gallito?” –El tipo que las había afilado se reía.

"¡Dame una! ¡me da igual!" , gruñó el borracho.

"¡Yo quiero mi propia navaja!", exclamó Lagartijillo.

"¡Entonces dame la mía! ¡de todas formas es la mejor!", dijo el otro.

Las apuestas se cerraron. El organizador comprobó que a cada hombre se le había dado otro gran vaso de aguardiente y él mismo apuró el suyo de un trago. Los dos tiraron los cigarrillos. Les dieron una última cosa: unas bufandas largas de lana roja que parecían fajas, y que se enrollaron en el brazo y la mano izquierdas.

"Podéis empezar, muchachos", gritó el organizador. "Abrid las navajas"

Las hojas se abrieron con un clic. Un sonido metálico y desagradable. Pero los dos hombres permanecieron quietos; ninguno hizo el menor movimiento.

"¡Empezad, gallitos!", repitió el organizador.

Pero los combatientes no se movían. Los andaluces comenzaron a impacientarse.

"¡A por él, Bombita, mi torito! ¡Clávale los cuernos!"

"¡No sois gallos! ¡Sois gallinas! ¡Gallinas!"

Y el resto aulló: "¡Gallinas! ¡Gallinas! ¿Es que no tenéis huevos? ¡Gallinas!"

Bombita se estiró y lanzó un navajazo a su adversario, pero este detuvo su débil golpe con la faja. Bajo toda apariencia, los dos hombres estaban tan borrachos que apenas podían coordinar sus movimientos.

"¡Espera, espera!”, susurró el Papa. "¡Espera que vean correr la sangre!"

Los andaluces azuzaban a los dos individuos; primero con ánimos, y luego con amargas imprecaciones, siempre susurrando en sus oídos: “¡Gallinas! ¡No tenéis huevos!"

De pronto se lanzaron el uno contra el otro, casi ciegamente. En un instante uno de ellos mostraba ya una pequeña herida en su hombro izquierdo.

"¡Bravo! muy bien, Bombita, enséñaselo, enséñale que eres un gallo!"

Con el brazo izquierdo se limpiaron el sudor que les cubría la cara.

"¡Agua!", graznó Lagartijillo.

Le dieron una botella grande de la que bebió con ansiedad. Me di cuenta de que volvían a estar sobrios. Su mirada antes apagada era ahora viva y penetrante. Se miraban con auténtico odio.

"¿Estás listo, gallina?"

En lugar de contestar, el otro le embistió cortándole la mejilla de arriba a abajo. La sangre le corrió por la cara y el pecho.

"Ya empieza, ya empieza", murmuraba el Papa.

Los andaluces se callaron. Cada uno observaba con interés y codicia al hombre por el que habían apostado. Y ambos se abalanzaron uno sobre el otro...

Las navajas brillaban con destellos de plata, iluminadas por la luz de la luna y de las antorchas, hundiéndose en las fajas de los brazos. Una tea soltó un chasquido y lanzó brea sobre el pecho de uno de los hombres, que ni siquiera lo notó.

Los brazos se movían tan rápido que uno no podía estar seguro de cuándo habían alcanzado su objetivo. Sólo la sangre que salpicaban a su alrededor atestiguaba el gran número de heridas y cortes que se estaban infringiendo.

"¡Alto! ¡Alto!", gritó el patrón. Los hombres no le hicieron caso. "¡Alto! ¡la hoja de Bombita se ha roto!"

Dos de los andaluces echaron mano de una puerta vieja sobre la que habían estado sentados, arrojándola brutalmente contra los combatientes y levantándola luego a modo de separación, lo que impidió que pudieran verse el uno al otro.

"¡Dadme vuestras navajas, pequeñas bestias!", gritó el patrón. Los dos obedecieron de buena gana. Su ojo avezado había visto bien: el cuchillo de Bombita estaba roto por la mitad. Al rebanarle la oreja al otro, había dado con el hueso del cráneo y se había partido.

Les dieron un vaso de licor y a Bombita una nueva navaja, y retiraron la puerta.

Y esta vez los dos se atacaron de inmediato como gallos de pelea, sin miramientos; ciegos y rabiosos, cuchillada tras cuchillada.

Los cuerpos de los dos hombres estaban llenos de sangre, que fluía de las múltiples heridas. De la frente del pequeño Bombita colgaba un jirón de piel; un mechón de pelo húmedo lamía la herida. Su cuchillo se clavó en el vendaje del brazo de su enemigo, que aprovechó para hundirle el cuchillo en el cuello dos, tres veces.

"¡Quítate la faja si tienes cojones, quítatela!", chilló, mientras él mismo se quitaba la suya.

Lagartijillo dudó un momento, pero se la quitó. A partir de entonces pararon las cuchilladas con el brazo izquierdo desnudo, como si nada hubiese cambiado.

Una de las navajas se partió otra vez. Pararon la pelea y se repitió lo mismo: un nuevo vaso de licor y una nueva navaja.

"¡Apuñálalo, Lagartijillo, torito! ¡Apuñálalo!", gritaba uno de los hombres. "¡Sácale las tripas a ese jamelgo!"

Inesperadamente, aprovechando que sujetaban a su adversario, Lagartijillo le clavó la navaja desde abajo y la movió hacia arriba y hacia los lados. El enorme tajo dejó ver un puñado de tripas. Y a continuación le acuchilló el brazo desde arriba, desgarrando los tejidos y las grandes venas que nutrían el miembro de sangre.

Bombita gritó y se retorció mientras un gran chorro de su sangre caía sobre la cara del adversario. Luego fue como si se derrumbase, exhausto más allá de toda medida.

Pero de pronto se incorporó, hinchó el pecho y embistió al otro, que estaba cegado por la sangre. Y lo alcanzó con una cuchillada entre dos costillas justo en el corazón.

Lagartijillo batió con las manos el aire; dejó caer el cuchillo. Su cuerpo sin vida cayó hacia delante, sobre sus dos piernas.

Y, como si esta visión diera nueva vida a Bombita, se lanzó a acuchillarle la espalda, como un poseso, una y otra vez.

"¡Para, Bombita, valiente! ¡ya has ganado!", dijo el patrón tranquilamente.

Entonces sucedió lo peor de todo. Bombita Chico, con el cuerpo machacado y cubierto por un sudario rojo, se estiró, levantando las manos, tan alto que del profundo tajo de su estómago brotaron las tripas amarillas como un enorme nido de aborrecibles serpientes. Estiró el cuello y levantó la cabeza, y un sonido se alzó triunfante en el silencio de la noche:

"¡Ki-ki-ri-kiiiiii!"

Ese fue su último saludo al día. Luego se desplomó.

Fue como si una niebla roja hubiese envuelto mis sentidos. No vi ni escuché nada más. Me hundí en un oscuro océano. La sangre fluía a chorros de mi nariz y mis oídos. Quería gritar, pero cuando abrí la boca un líquido cálido brotó como un vómito. Me ahogaba; pero lo peor era el gusto dulzón, detestable, de sangre en mi lengua. Entonces noté un dolor punzante en algún lugar de mi cuerpo. Me llevó una eternidad reconocer qué era lo que lo causaba. Estaba mordiendo algo, y lo que mordía era lo que me producía el dolor. Con un esfuerzo inmenso lo aparté de mi boca.

El dolor me ayudó a despertar. Durante la batalla había estado royéndome el dedo con los dientes, penetrando la carne hasta alcanzar el hueso.

El andaluz me tocó la rodilla. "¿Quiere usted comprobar sus apuestas, caballero?", me preguntó. Asentí. Me explicó con mucho detalle lo que había perdido y lo que había ganado. Todos los espectadores nos rodeaban con interés, despreocupados ya de los cadáveres.

"Primero el dinero, que enseñe el dinero"

Les di un puñado de monedas rogándoles que sacaran la cuenta por mí. Hizo los cálculos y con voz ronca lo repartió entre los demás.

"¿No hay otra cosa que desee usted, caballero?". Me di cuenta de que trataba de estafarme, pero yo sólo le respondí preguntándole cuánto más debía pagar y entregándole el resto de mi dinero.

Cuando se cercioró de que todavía quedaba algo en mis bolsillos, me dijo: "Caballero, ¿no quiere la navaja de Bombita? Le traerá suerte, ¡mucha suerte!"

Me hice con la navaja por un precio ridículo. El andaluz me la metió en el bolsillo.

A partir de entonces se desentendieron de mí. Me levanté, y tambaleándome un poco me interné en la noche. El dedo índice palpitaba de dolor; lo envolví con el pañuelo. Bebí con largos y profundos sorbos del aire fresco de la montaña.

"¡Caballero!". Alguien gritaba. "¡Caballero!". Me giré. "Me manda el patrón, caballero", dijo. "¿No quiere usted acompañar a su amigo a casa?"

El Papa, claro. ¡El Papa!. Durante todo este tiempo no lo había visto, de hecho no había pensado en nada.

Volví sobre mis pasos y atravesé los setos de cactus. Los cadáveres seguían en el mismo sitio, encadenados a sus argollas y cubiertos de sangre. Y sobre ellos vi, inclinado, al Papa, palpando y acariciando los cuerpos. Pero observé que evitaba tocar la sangre. Sus manos en realidad se movían en el aire .

Y vi que tenía las manos hermosas y delicadas de una mujer.

"Qué bonita salsa", murmuraba, "qué roja y bonita salsa de tomate"

Tuvieron que apartarlo de allí a la fuerza. Se negaba a dejar de mirar aquello. Tartamudeaba no sé qué palabras, moviéndose un poco sobre sus delgadas piernas.

"Ha bebido demasiado", dijo uno de los hombres. Pero yo sabía que el Papa no había probado ni una gota.

El patrón se quitó el sombrero y los demás siguieron su ejemplo.

"Vayan ustedes con Dios, caballeros", dijeron.

Cuando llegamos al camino principal, el Papa me siguió como un perrito. Me tomó el brazo y murmuró:

"Oh, cuánta sangre, ¡cuánta sangre esta vez!".

Se agarraba a mí con fuerza. Arrastré al borracho penosamente en dirección a la Alhambra. Bajo la Torre de las Princesas nos detuvimos a descansar en una roca.

Después de un rato, dijo con suavidad:

"Dios mío, ¡la vida!, qué cosas tan maravillosas nos da la vida, ¡qué inmenso placer estar vivo!"

Un viento frío y húmedo nos golpeó las sienes. Podía oír los dientes del Papa castañeando. Poco a poco, su borrachera de sangre se evaporaba.

"¿Nos vamos, reverendo?", pregunté.

Le ofrecí de nuevo mi brazo.

Esta vez lo rehusó.

** Todas las cursivas, en español en el original.*

"Die Tomatensauce", 1905

Hanns Heinz Ewers

MAGAZINE DE ENTREGUERRAS:
http://signorformica.blogspot.com